

canidad española. Releamos, en este aspecto, dos fragmentos de crónicas escritas por Vallejo en 1924 y en 1926 respectivamente, citadas por el profesor de la Universidad de Pittsburgh Keith A. MacDuffie en su ensayo César Vallejo y la vanguardia en España:

Medio año llevo en París, y puedo decir que, salvo informaciones diarias y nutridas de Nueva York —*Le Figaro* dedica una página semanal íntegra a Norteamérica— jamás en rotativo alguno he visto la más mínima noticia de América. ¿Qué significa semejante boicoteo...? Nosotros, en frente de Europa, levantamos y ofrecemos un corazón abierto a todos los nódulos del amor, y de Europa se nos responde con el silencio y con una sordez premeditada y torpe, cuando no un insultante sentido de explotación. (Escrito para el periódico trujillano *El Norte*, en febrero de 1924).

Desde la costa cantábrica, donde escribo estas palabras vislumbro, los horizontes españoles, poseído de no sé qué emoción inédita y entrañable. Voy a mi tierra, sin duda. Vuelvo a mi América hispana, reencarnada por el amor del verbo que salva las distancias en el suelo castellano, siete veces clavado por los clavos de todas las aventuras colonizadas... (Inserto en el referido trabajo de K. McD.).

En este aspecto, mi condición de frecuente forastero en España y de frecuente forastero en mi país, me han brindado la perspectiva necesaria para percibir que entre ambos mundos, no obstante el tiempo transcurrido y las múltiples y hasta antagónicas particularidades, existe un cauce vivo y dinámico de flujo y reflujo mutuos que sería una deslealtad histórica desear, y muy lamentablemente para España así como para el Perú y América en su conjunto. Fracturar la naturaleza de los ciclos históricos no trae para el futuro de los pueblos, no obstante aparentes o verídicos resplandores inmediatos, sino irreparables traumas sociales que conducen al desastre. La historia de la humanidad, en este campo, es pródiga en ejemplos. En fin, temas para otros trabajos serán estas líneas que cierro para centrarme en el tema del cual estoy tratando.

Las reflexiones expresadas sobre la naturaleza de la patria de Vallejo encierran el propósito de poner en evidencia (aunque de modo nada sistemático) las relaciones de la poesía de Vallejo y el contexto donde nació su obra, así como las particularidades que colorean el cristal a través del cual suelo apreciarla. Poesía que, merced a la admiración que despierta, ha adquirido incluso para muchos los rasgos propios de la voz de una doctrina o de una religión; pero que generalmente se la identifica como un total desgarramiento doloroso exento de nota festiva alguna y, menos aún, de humor.

Mi admiración a Vallejo surgió de mi ya lejano y juvenil encuentro directo con su poesía. En aquellos años, dentro de los cuales están mi primer viaje a Santiago de Chuco, pesaba en mis juicios valorativos una gran inadversión a todo lo que implicara revelar, a la luz de la razón, el insondable misterio del placer estético. Con la misma fe con la que el creyente se acoraza en defensa de su dogma, solía guarecerme de todo argumento que pretendiera trasladar a un plano racional lo que yo concebía como una aparición sublime. Toda explicación elaborada resultaba ser una irreverencia. Y si en verdad no todo lo de Vallejo me gustaba ni llegaba a entenderlo, también era verdad que las lucubraciones de quienes intentaban descifrar sus enigmas me resultaban más confusos que los propios enigmas.

Alrededor del año 1957 conocí personalmente a Antenor Orrego, y fue de él que obtuve las primeras y quizá más trascendentes versiones sobre el hombre y el poeta César Vallejo. Orrego había compartido una estrecha amistad con el poeta y había, incluso, escrito el prólogo de *Trilce*. Eso era ya bastante. Además solía absolver con generosidad las preguntas que yo le hacía sobre los poemas y las cosas de Vallejo. De él aprendí que si en verdad la belleza es inabordable en su totalidad por la inteligencia, pues la razón es poca cosa para contenerla, sin embargo, posee múltiples aristas y relaciones que dan a quien llega a conocerlas o comprenderlas una mayor posibilidad del goce estético. Lástima que ya no quedó tiempo para platicar con él sobre mis hallazgos en la casa del poeta, casa a la cual Orrego solía referirse, no sé si porque la conocía, como un lugar muy importante para apreciar con mayor amplitud la poesía de Vallejo. Orrego solía también decir que, muchas veces, en el detalle aparente o realmente más trivial de la vida de un artista puede encontrarse el rayo que ilumina toda su creación. Orrego fue quizás el más temprano defensor y difusor de la poesía de Vallejo, de la cual escribió que era «hondamente peruana, porque también es hondamente universal y humana» ya que «el más profundo, el más vital nacionalismo conduce siempre a lo universal».

Muchas inteligencias han explorado el mundo vallejiano. Sin embargo el campo aún resulta inmenso y lleno de desafíos. Porque si es una verdad que en el estudio de la personalidad del autor y su circunstancia se van abriendo ventanas para el entendimiento de su obra, también es una verdad que la poesía, por encerrar o encerrarse en rasgos personalísimos del autor, ajenos incluso a su época y a la propia percepción consciente que él tiene de su circunstancia, o por disfrazar en imágenes vivencias o situaciones con formas lingüísticas caprichosas cuya elaboración no tiene otra razón de ser que las ganas estéticas de quien las escribe, es asimismo una forma de expresión indescifrable en su totalidad. Más aún cuando en el caso de la poesía de Vallejo adquiere una dimensión de nueva lengua, de nuevo idioma. Valga por ello releer a Alfonso Reyes cuando escribe: «Las lenguas naturales son siempre difíciles, son expresiones muy imperfectas del pensamiento, son sólo en parte racionales, son crecimientos caprichosos. Su vocabulario tiene aplicaciones arbitrarias, inciertas; su sintaxis ofrece irregularidades. Ninguna frase puede decirse que dé el molde general para las demás». De ahí pues que en la poesía, me circunscribo en esta oportunidad a la de Vallejo, uno no llega a percibir la riqueza significativa de determinados versos sino cuando la propia vida nos enfrenta por azar con situaciones idénticas o análogas a las que el poeta quiso referirse al escribirlos, a su situación escondida. Recordemos, al respecto, los siguientes versos de Vallejo:

César Vallejo, el acento con que amas, el verbo con que escribes, el vientecillo con que oyes, sólo saben de ti por tu garganta. (De «Y no me digan nada», *Poemas humanos*).

Referiré algunas experiencias personales que han enriquecido mis reflexiones expuestas: Cierta mediodía, a la hora en que los funcionarios públicos suelen dejar sus

oficinas para tomar el refrigerio, me encontraba en la inmediación del Instituto Nacional de Cultura, en Lima, acompañado por un poeta amigo del lugar. En esas circunstancias vimos aparecer doblando la esquina a un hombrecito encorvado y muy anciano que, apoyado en un bastón, avanzaba arrastrando los pies penosamente. Luego de contemplarlo con compasión algunos instantes, le digo a mi amigo: «Debe de ser terrible llegar a esa edad, ¿no? ¿Tú soportarías vivir así?» El poeta se me queda mirando con extraña picardía y luego me dispara la respuesta: «Y así fuese de barriga. La cuestión es vivir». Poco después ubicó su respuesta en el verso de Vallejo: «Me gustaría vivir siempre, así fuese de barriga», del poema «Hoy me gusta la vida mucho menos...» En otra oportunidad, nos encontramos con un cojo que avanzaba excesivamente apresurado en sentido contrario al nuestro; iba con el ceño fruncido y con todo el rostro como reventado de ira. Nos tuvimos que hacer a un lado para que pasara sin atropellarnos. Llevaba la pierna derecha tiesa y recta como un palo. Tan pronto pasó, mi amigo lo señaló con el pulgar diciendo: «Ahí va un verso de Vallejo». Al preguntarle de qué verso se trataba, él me lo dijo: «con franca rectitud de cojo amargo», verso perteneciente a la siguiente estrofa del poema «Hasta el día en que vuelva de esta piedra...»:

Hasta el día en que vuelva, prosiguiendo,
con franca rectitud de cojo amargo,
de pozo en pozo, mi periplo, entiendo
que el hombre ha de ser bueno, sin embargo.

Les contaré también de aquella vez, aquí en España, en la cual cité unos versos de Vallejo con un éxito hasta hoy muy celebrado. Cuando conversábamos entre amigos sentados a la mesa de un café, vimos pasar a un poeta de muy considerable edad que caminaba desenvuelto y hasta casi ágil con una graciosa jovencita que lo acompañaba cogida de un brazo. Uno de los ahí presentes reaccionó de muy mal talante ante esa escena, diciendo en voz baja, pero con marcada acritud y fastidio, que aquello era el colmo de la ridiculez, que hasta veinte años de diferencia estaban bien, pero de sesenta, como se estaba viendo ahí, ya era chochera de senectud. Entonces, como para aplacar esa evidente envidia, cité los siguientes versos de Vallejo:

Tengo pues derecho
a estar verde y contento y peligroso, y a ser
el cincel, miedo del bloque basto y vasto;
a meter la peta y a la risa.

Luego, para rematar el impacto que produjo en los amigos aquella cita, agregué unos versos más de Vallejo:

¿Cómo ser
y estar, sin darle cólera al vecino? (De «Guitarra», *Poemas humanos*).

En fin, tendría muchos referentes anecdóticos más para poner en evidencia el humor implícito o derivado de ciertos versos de Vallejo. Me limitaré a una anécdota

más: una tarde, en Lima, al llegar a casa me encontré con una sorpresa insólita: la puerta de la escalera de emergencia había desaparecido. Nada menos que la puerta. Hechas las averiguaciones se llegó a la conclusión real: un ladrón se la había robado. Aquel robo más gracioso me resultó cuando recordé en aquellos instantes el siguiente verso de Vallejo:

que por mucho cerrarla, robáronse la puerta, (De «Viniere el malo, con un trono al hombro...»)

No obstante las apreciaciones vertidas en este tema acerca del humor en la poesía de Vallejo, quiero dejar en claro que no es mi afán interpretar la poesía de Vallejo basándome en ocurrencias o versos sueltos o fragmentos que me permitan hacer que el poeta resulte diciendo lo que no quiso decir. No. Nada de instrumentalizar a Vallejo ni a ningún otro poeta. Pues, si en verdad los versos que integran un poema constituyen una unidad indivisible e inmutable del contexto para ser valorados o apreciados en su justo y real significado, es verdad también que en el poema existen impulsos, expresiones, trazos psicológicos, huellas, versos que, no obstante su entroncamiento general en la estructura o en la atmósfera del poema, mantienen ciertas vibraciones propias, cierto valor o cierto aire sueltos que les confieren alguna independencia, alguna individualidad. Tal vez esa sea la razón por la cual con el correr del tiempo la memoria colectiva de los pueblos más que recordar poemas recuerda versos.

No quiero negar con todo lo dicho en esta exposición el alma acongojada, dolorosa de la poesía de Vallejo. No pretendo de manera alguna invertir el hondo clima de orfandad, de desolación, de ausencia, de desamparo, de humanísima melancolía que sostiene como una columna vertebral el gran cuerpo de su poesía. Sólo trato de dar testimonio de mi manera personal de ver cuán más grande es ese cuerpo lleno de resabios de lo popular y, fundamentalmente, de lo popular peruano y español, que en Vallejo es su más sólida forma de ser universal. Y quizá, también, la más alta expresión del mestizaje derivado de la fusión cultural de nuestros pueblos.

Por otro lado, la gran poesía, por no ser un ente cerrado ni estático, no sólo se emparenta con sus ancestros y con su propia circunstancia histórica, sino que se torna incluso antepasado de sí misma, descendiente del futuro. De ahí que ella significa lo que significó, pero también lo que los tiempos que le suceden le brindan como nuevo significado o como nuevos significados, transfigurándola, remozándola, volviéndola otra sin dejar de ser la misma. Acaso en ello radique su verdadera grandeza. Y, en el caso de Vallejo, existan incluso versos que sobreviviendo a la estirpe dolorosa de la que brotaron se tornen, por la fuerza de la ternura, de la autenticidad estética y ética que guardan, en expresiones de un significado alegre, humanamente alegre. Acaso alguna vez los lectores de Vallejo encuentren un Vallejo irónico, provisto de un vital sentido del humor, por lo menos en algunos versos como éstos:

Echa una cana al aire el indio triste («Terceto autóctono», *Los heraldos negros*).
Mi padre es una vispera. («Enereida», de *Los heraldos negros*).